

de una ó dos horas, y cuidaré de que disfrutéis cuantas comodidades sean posibles.

Fuése Labrin, y Juanon, acosado del hambre y la sed, pasó todo el día sin ver á nadie. Interin estaba solo examinó el viejo los muebles del cuarto, y como hacia bastante tiempo que no se habitaba, estaban cubiertos de polvo, las camas deshechas y todo desordenado : no sabía el buen hombre qué inferir de esto, y su inquietud se aumentaba notando que se acercaba la noche : por fin, se presentó Florival acompañado de Labrin, y el tierno padre olvidó su hambre, su sed y sus fatigas, y se arrojó á los brazos de este hijo tan querido ; pero no vió que estaba pálido é inquieto. Juanon le estrechó contra su corazon, y derramó sobre él algunas lágrimas, dulces afectos de la ternura paternal.

Pero, amigos míos, advierto que sin saber cómo me he extendido demasiado, y la noche que se va acercando me manda que atienda al arreglo de las cosas de mi granja : perdonad que no pueda concluir la historia principiada ; en otra ocasion os referiré lo que resta.

Conociendo Palemon cuán sensible era á sus hijos esta interrupcion, dijo al labrador : Hoy no nos esperabais, y hemos venido á que partieseis con nosotros la comida ; mañana os esperamos en nuestra casa ; procuraremos trataros tan bien como merecéis, y concluiréis la historia, que os aseguro me interesa mucho. Aceptó el labrador el convite y Palemon se volvió á casa con sus hijos.

TARDE XXV

EL ARREPENTIMIENTO

Si faltaste á tu deber,
Si delinquiste obcecado,
Al punto que hayas logrado
Tu imprudencia conocer,
Procura pronto romper
Del delito la cadena.
Sírdate solo de pena
El santo arrepentimiento,
Ántes que el negro escarmiento
Te imponga dura condena.

El labrador cumplió su palabra de ir á comer á casa de Palemon, y despues que se hubieron alzado los manteles, continuó la historia de Juanon en la forma que sigue :

Concluye la historia de Juanon y su hijo.

Dejé, amigos míos, á Juanon con su hijo. Lloraba el buen padre, estrechando entre sus brazos al ingrato, y diciéndole : ¿ Eres tú? ¿ eres tú, Colas mio? ¡ qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás! ; eres un vivo retrato de tu madre! — ¡ Padre mio! — ¿ Pero por qué no me vuelves á abrazar? — Con mucho gusto, padre ; pero... — ¿ Qué dices? ¿ qué tienes? — Mucha satisfaccion en veros. — Yo tambien tengo mucho gusto : ya ves que soy hom-

bre de palabra. — ¿De palabra? — Pues qué, no he venido á tiempo para asistir á tu boda? pero cuéntame, cuéntame cómo ha sido todo esto. — ¿Conque ya sabéis... — Todo, todo : el muchacho ha desempeñado bien su comision. — ¿Qué muohacho? — ¡ Buena pregunta ! tu primo. — ¡ Cómo ! ¿ él ha sido quien?... — ¿ Pues quién habia de ser?... pero hablemos de tu matrimonio; ¿ cómo has hecho para hallar una señorita tan linda, y un suegro de alta clase? — Señor, ya veo que mi primo ha procurado perjudicarme : conozco que os ha contado el artificio de que me he valido, y no sé cómo ha podido saberlo. — ¿ Pero qué diablos dices ? no te entiendo, y me parece que tienes atolondrada la cabeza : él me dijo que te casabas ; que tu mujer y tu suegro estaban deseosos de que viniera, que era lo único que faltaba para la ceremonia : ¿ ha hecho mal en decirme todo esto? — ¿ Y no os ha dicho mas? — ¿ Pues habia mas que decirme? — Mi primo ha querido perjudicarme ; y no puedo engañaros mas largo tiempo. — ¡ Hola, hola ! — Perdonad ; pero vuestra presencia en este momento... — ¿ Te enfada? — No ; pero... — ¿ Pero qué? — Yo no creia... no esperaba... hubiera querido... — ¿ Qué hubieras querido? — Que no hubieseis venido : perdonad, padre mio ; mil veces os ruego que me perdonéis ; mi suegro es un hombre tan encaprichado de su nobleza... yo no he tenido valor para decirle que soy hijo de un simple labrador. — ¿ Y por qué? — Porque no me habria dado su hija, á la que amo entrañablemente. — Conque has engañado á ese hombre?... ¿ pues qué le has dicho? — No sabe que mi padre es... — Un hombre honrado, que ha trabajado, y todavía trabaja por la felicidad de un hijo ingrato. — Padre mio... — Colas, tú eres un soberbio, un desnaturalizado ; ya veo que desprecias á tu padre. — Yo le amo y le respeto ; pero... — Pero es forzoso que yo me vaya, ¿ no es esto? ¿ quieres que te deje engañar á un hombre, que cree que tú eres, por lo ménos, hijo de un gran señor? ¿ has sido capaz de mentir de este modo? — Ha sido necesario... — ¡ Hijo ingrato ! ¡ no sabes el dolor que me causas ! ¡ tú despedazas mi corazon ! — ¡ Padre mio !.. — Ya no lo soy ; tú me has negado ; ya no eres hijo mio, sino un vanidoso que aborrezco : no me volverás á ver. — No me hacéis justicia. — ¿ Para esto te traje á Paris, y he gastado tanto para que fueses un hombre perfecto? ¿ de qué sirven las letras si matan el amor de los hijos á los padres? — Escuchad, padre mio : dándome una educacion superior á la vuestra, habéis elevado mis sentimientos, obligándome por este medio á entrar en las preocu-

paciones vulgares : son crueles ; son injustísimas ; pero reinan en la sociedad : es preciso respetarlas si se desea adelantar. — Y para ser instruido, para tener educacion, ¿ es preciso ultrajar la naturaleza? ¿ por qué ne te hice labrador? ¿ por qué no puse el arado en tus manos desde que eras pequeñuelo? ahora no despreciarias á tu padre. — Pero, señor, el mundo... la preocupacion... — ¡ La preocupacion ! ¿ qué significa esta palabra? ¿ es algun empleo, ó qué es? — Es la tiranía de los hombres : es un modo de pensar que... — ¿ Pero qué quiere decir esto? mi modo de pensar siempre ha sido amar á mi hijo ; y el modo de pensar de este, debe ser siempre el amarme, respetarme y preferirme á todos los modos de pensar de los demas ; pero veo que no es así y no disfrutarás de tu maldad : yo veré á ese señor baron ; sí, le veré y le diré : ¿ por qué me despreciais, caballero? Estoy seguro de que me contestará que no es cierto ; y yo le añadiré : mi hijo es quien lo asegura. — ¡ Cielos ! ¡ Ah padre mio ! si me amáis, si os interesáis en mi suerte os ruego que no os presentéis en esa casa ; si os ven en ella, quedo perdido y deshonorado.

Florival se arroja á los piés de Juanon : le suplica que se vuelva á Mamonville hasta despues de celebrada su boda : entónces, añadió, yo mismo os presentaré al baron : vuestros muchos bienes, vuestra probidad, vuestro aspecto respetable, todo le enternecerá y confirmará mi felicidad.

El buen labrador se enfurece : no quiere atender á razones : la conducta de su hijo le saca de juicio ; y le jura que irá á ver al baron, que se lo manifestará todo, y le hará ver el infame artificio con que quieren engañarle. Sí, añadió, sabrá quién eres y quién soy ; y si me desprecia, á lo ménos me serán sus desprecios ménos sensibles que los de un hijo desconocido.

Florival se desesperaba de que sus súplicas y lágrimas eran inútiles para con su irritado padre. No sabía qué partido tomar, cuando su criado Labrin le sacó de este apuro, exclamando : pues bien, si vuestro padre quiere ver al señor baron, y quizá causaros la muerte, es muy dueño de hacerlo ; mañana le llevaré yo mismo á la casa ; pero por ahora no podemos pensar sino en proporcionarle buena cena y mejor cama. — No por cierto, dice Juanon ; no quiero quedarme aquí ; no permaneceré en casa de un hijo que me niega, y que no es hombre honrado : voy al instante á buscar un asilo : no faltan en Paris : quiero ver al momento á ese caballero tan vilmente engañado ; le desengañare, y luego me iré para nunca volver.

Florival hizo presente á su padre que era tarde y que podia suspender su proyecto hasta el dia siguiente : y fué tanto lo que le rogó, que el buen hombre consintió en pasar solo aquella noche en el cuarto en que se hallaba. Esto era lo que deseaba Labrin, que le proporcionó cuanto necesitaba, y salió con su amo dejando las puertas bien cerradas. Cuando Juanon se vió encerrado, no pudo contener el exceso de su dolor : se apoyó en una mesa, y empezó á derramar lágrimas amargas : ¡ su mismo hijo le privaba de la libertad ! ¡ este hijo, á quien llenaba de caricias y beneficios, y para quien habia comprado tan rica posesion ! ¡ este hijo, que quebrantaba todas las leyes de la virtud y de la naturaleza ! ¿ Qué designio será el de este hombre bárbaro ? ¿ qué pretende hacer con su padre ?... Juanon se resuelve á causar un alboroto, y pedir auxilio á voces por la ventana ; pero la noche estaba muy adelantada, y era muy expuesto el alborotar á semejantes horas : era necesario esperar al dia, y que alguno compareciese. El monstruo que le ha encarcelado no extenderá su crueldad hasta el extremo de dejarle perecer de hambre.

Tales fueron las tristes reflexiones del buen labrador. Pasó la noche llorando la falta que habia cometido enviando su hijo á Paris, y luego que amaneció procuró por todos medios salir de su prision ; pero no podia conseguirlo, á ménos que alguien viniese á socorrerle ; y ¿ quién habia de venir ? ademas de eso, sin llaves, ¿ quién se habia de atrever ?...

Incierto estaba sobre el partido que debia tomar cuando oyó abrir várias puertas. Era Labrin, que llegó cargado de provisiones. Malvado, le dijo Juanon, déjame salir, ó teme... Labrin no le respondió ; dejó lo que habia traído, y escapó cerrando de nuevo todas las puertas, viéndose el buen viejo precisado á continuar en su encierro, siempre indeciso en llamar para que le socorrieran. Por la tarde se tranquilizó un poco. Veamos, dijo para sí, en qué para todo esto : no me han de tener aquí como á un pájaro en la jaula ; y luego que mi indigno hijo tenga la bondad de soltarme, conocerá el terrible castigo que le preparo, que será el abandonarle y maldecirle.

Á la mañana siguiente volvió Labrin y se quedó atónito de ver tan sosegado á su prisionero : quiso disculparse, asegurándole que en breve aprobaria los motivos de una conducta tan poco regular, y que su mismo hijo la desaprobaba, aunque se veia precisado á observarla. Juanon le correspondió con un gesto despreciativo, y

el criado volvió á marcharse no olvidándose de dejar cerradas las puertas.

¿ Os estremecéis, hijos míos, al oír semejante atentado contra un padre tan digno de mejor correspondencia ? Pronto sabréis cómo el cielo supo castigarlo. Ya hacia cuatro dias que Juanon estaba encerrado, y no pudo sufrir mas : una mañana abrió las ventanas que daban á un gran patio, y se resolvió á llamar á la primera persona que viese. Justamente fué un anciano el primero. ¿ Sois padre, señor ? le preguntó Juanon con desesperado acento. — Amigo mío, esa pregunta... sí, padre soy. — ¿ Tenéis, como yo, un hijo ingrato que desconoce y desprecia á su padre, á quien hace cuatro dias que le tiene encerrado en esta estancia ? — ¿ Qué decís ? — Que estoy aquí preso, y que mi hijo, mi malvado hijo, es quien me tiene de este modo. — ¡ Justo Dios ! ¿ Y cómo ?... — ¡ Oh ! proporcionadme los medios de salir, buen hombre, y lo sabréis todo, compartiréis las penas que padezco si conocéis lo que es el amor paternal.

El anciano hizo nuevas preguntas á Juanon, el cual, con la sencillez de sus respuestas, le inspiró el mas vivo interes : entre tanto que le hablaba, un criado que atravesaba el patio le dijo con bastante viveza : ¿ Cómo, señor, estáis hablando con ese loco ? — ¿ Loco ? no tiene nada de eso. — Labrin nos ha dicho que ese aldeano tiene la cabeza trastornada, y que no hiciéramos aprecio de cuanto nos dijese.

Estas palabras causaron una mortal herida en el corazon del buen labrador : suplicó al anciano que se persuadiese de que le asistia la razon en todos sentidos, y este hombre sensible, que adivinó una parte del horrible misterio, era justamente el dueño de la casa. Envió á buscar una larga escalera, la arrimó á la pared del cuarto de Juanon, y subió por ella á darle la mano y facilitarle los medios de bajar. Juzgad cuáles serian los sentimientos del buen labrador : se arrojó á los brazos de su libertador, y le inundó de lágrimas : este le condujo á su cuarto, y allí Juanon le contó extensamente todo lo que le pasaba. El anciano se estremeció de horror, y le dijo que fuese al instante á casa del baron, á fin de que, si todavía era tiempo, no quedase engañado. Juanon, que era del mismo parecer, halló en un establo su mula, la cogió, y abrazando al hombre benéfico que le habia ayudado, se encaminó á casa del baron, cuyas señas, por fortuna, habia conservado. Dejémosle atravesar la ciudad, y veamos qué ha hecho su culpable hijo en todo este tiempo.

Bien se puede conocer que el día de la llegada de Juanon, Labrin estuvo acechando el momento en que su amo volviese del campo, adonde habia ido con Rosalía y su padre: que le llamó aparte, y le participó tan inesperado suceso. Florival, aterrado con este golpe, aprobó el celo y conducta de su criado, y dejó por corto rato la compañía del baron, para visitar á su importuno padre, que venia á trastornar sus ideas. Ya habéis visto cómo le habló: y que no pudiendo obtener nada de lo que pretendia, se valió del consejo de Labrin, que fué el de tener al anciano encerrado hasta que se verificase el matrimonio. Ambos volvieron á casa del baron, é hicieron todo lo posible para adelantar un enlace, despues del cual esperaba Florival desenojar á su padre, presentándole al de Rosalía, y disculpándose con la ceguedad de su amor. Convinieron, pues, en celebrar el casamiento dentro de tres días; pero la tardanza de una tia de Rosalía, que se esperaba por momentos, lo suspendió; esto desesperaba á Florival, que en el fondo de su corazon sentia crueles remordimientos por los disgustos que causaba al mejor de los padres.

En fin, llegó la víspera del suspirado matrimonio: todo estaba dispuesto conforme á los deseos de Florival: no tenia que esperar mas que un día, durante el cual debia Labrin duplicar su vigilancia, y no perder de vista ni un instante la prision de Juanon. Florival habia salido á comprar várias cosas indispensables: el baron y su hija quedaron solos en casa, conversando sobre la felicidad que el próximo enlace preparaba á la vejez de un padre, y á la ternura de una hija enamorada de su futuro esposo, cuando entró un criado, y dijo al baron que un aldeano deseaba hablarle en secreto: mandó que entrase, y se presentó Juanon, quien se explicó en estos términos:

Señor baron, perdonad la molestia; pero el honor y la razon me obligan á visitaros. — Sentaos, buen anciano. — ¡ Oh señor! estoy muy bien así. — No lo permitiré: sentaos; vuestra edad exige todo respeto... pero ¿suspáis? á vuestros ojos se asoman lágrimas: ¿qué tenéis? ¿puedo serviros en alguna cosa? — En nada, señor; yo sí que vengo á serviros, y evitar que cometáis una necedad. — ¿Una necedad? Decidme ¿qué especie de necedad es la que puedo cometer en edad tan avanzada? — Yo he cometido muchas en la mia, y soy mas viejo que vos; pero no perdamos tiempo: ¿se halla aquí Mr. Florival? — Ha salido. — Tanto mejor. — ¿Le conocéis? — ¿Si le conozco?... ¿Parece que le casáis con vuestra hija? — Mañana mismo: ¡ oh! es un mozo

muy honrado. Juanon suspiró, y pregunto al baron: — ¿Conocéis á su padre? — Nunca le he visto; pero sé que es un oficial retirado, un.... — ¿Oficial retirado? — Sí por cierto; y muy rico. — En esto no hay duda. — ¿Y en lo demas? — ¿Quién os ha informado de la clase del padre de Florival? — Su mismo hijo: fuera de que yo he visto sus cartas. — ¿Las cartas del padre de Florival? — Sí, señor. — Pero si no sabe escribir. — Entiendo lo que queréis decirme: ya sé que la gota le tiene impedido, y que no puede usar de su mano derecha; pero su mayordomo escribe, y él dicta las cartas. — ¡ La gota! ¡ vive Dios!... ¡ la gota! esa es una grandísima mentira: el padre de Florival está bueno y sano, y esto es lo que siente su malvado hijo. — ¿Qué decís? — Que os ha engañado; que el padre de vuestro futuro yerno es un simple labrador, que siempre ha cultivado la tierra: no hay duda en que es rico; pero no es noble, sino de humilde condicion, y hasta ahora ignoraba los artificios de que se valia su hijo para engañar á una ilustre familia. — ¡ Cielos! ¿estáis seguro?... — Si lo dudáis, sabed que soy Juanon, labrador de Mamonville, y padre de Florival. — ¿ Vos?... ¿ vos?... ¿ así me ha engañado? — Yo lo ignoraba todo; cuando lo he sabido, he venido á Paris: mi perverso hijo me ha impedido el veros; él y su criado me han tenido encerrado cuatro dias; esta mañana he podido escaparme, y he venido á impedir el casamiento, si todavía no se ha concluido. — Dejadme respirar, hombre de honor y de verdadera delicadeza; dejadme considerar en toda su extension la perfidia de un hombre á quien yo amaba, y tenia por sugeto de tanta probidad y franqueza como yo mismo lo soy. ¡ Cómo! ¿ Se ha atrevido á burlarme, y á despedazar el corazon de su propio padre? ¿ Y vos habéis venido á avisarme?... ¡ Ah! este modo de proceder os honra mucho porque anuncia una bella alma.

Por algunos momentos quedó el baron sumergido en sus reflexiones; luego hizo llamar á Rosalía, y le dijo: Hija mia, es preciso que ya no pienses en una felicidad, de la que hace un instante te formabas la imágen mas lisonjera; es forzoso que olvides á Florival. — Padre mio... cómo... hoy... en vísperas de.... — En vísperas de causarte eternos disgustos: sí, hija mia, hoy estamos á tiempo de evitar la desgracia; mañana ya no habria remedio. — ¡ Gran Dios! ¿ pues qué ha dicho este anciano — Que es el padre de Florival. — ¡ El padre!.... — Sí, ve aquí á su padre: no es aquel militar que suponía, decorado con tanta

antigüedad de nobleza, sino un humilde labrador. — ¡Labrador!

Sí, hija mia; pero lleno de honradez y probidad, que equivale á las mayores distinciones. — Estaba bien seguro, dijo, Juanon, de que no me despreciarais. — ¿Yo despreciaros, buen viejo? ¿y por qué? ¿envileceria yo en vos el carácter de hombre, que en nada nos distingue? No, no soy yo de aquellos nobles deslumbrados con sus títulos, que miran como viles todas las profesiones á que no han sido llamados, ó que se avergonzarian de ejercer. Aprecio la virtud mas que los dones de la casualidad: el hombre honrado nunca ha sido despreciable á mis ojos. — Padre mio, conque todavía puedo esperar... — Nada; renuncia toda esperanza, y atiende mis razones. Este labrador es un hombre apreciable; la humildad de su cuna, ó por mejor decir, las preocupaciones, me indispondrian con toda mi familia, y con todos los que aprecian en alto grado la nobleza: sin embargo, todo lo despreciaria, anteponiendo la virtud á las costumbres, si Florival fuese un hombre tan recto, tan franco y apreciable como su padre; pero siendo un hombre falso, un intrigante, que se vale de un criado para engañar, tratando mi alianza como asunto de comedia, te haria desgraciada; y yo deseo tu felicidad: ahora le desprecio, y jamas será mi yerno. — Es verdad, padre; pero... — Abre los ojos, hija mia; escucha la voz de la razon; piensa con tanto juicio como yo en el porvenir, y se calmará tu pasion. — ¡Ay, padre mio!... Bien; si vos me lo mandáis, sacrificaré hasta mi vida: aborreceré á Florival. — No le desprecio yo porque es hijo de un humilde labrador, sino porque me lo ha ocultado; porque me ha engañado sabiendo mis principios y filosofia: si francamente me hubiera dicho: señor, estoy apasionado de vuestra hija; es verdad que no soy noble; pero mi padre es honrado, y tiene conveniencias; con el dinero se hace todo: si tenéis la manía de ennoblecer á vuestro yerno, no será difícil conseguirlo: esto es lo que debia decirme; pero nos engañaba, y mañana queria consumir su crimen. No pensemos mas en esto, Rosalía; y á vos, hombre excelente, ¿cómo podré pagar tan singular favor?... ¡Maltratar á tan buen padre! Sabe, hija mia, que le ha tenido encerrado cuatro dias, porque no descubriese sus artificios. — ¡Oh Dios! — Sí, hija mia; Florival es un hombre sin fe, sin honor y sin delicadeza.

Rosalía hizo que Juanon le repitiera lo ocurrido con su hijo: se indignó de oirlo, y el desprecio ocupó en su corazon el lugar de la ternura. Trató el baron al triste anciano con el mayor ca-

riño y agasajo: quiso hospedarle en su casa, y presentarle á Florival para que fuese mayor su confusion; pero no accedió á ello Juanon, porque determinó no volver á ver á su culpable hijo: le abandonaba para siempre, y al instante queria volverse á su aldea, donde solo, y entregado á su dolor, maldeciria toda su vida el instante en que le ocurrió enviar á su hijo á Paris para que fuese un sabio.

Nada pudo contenerle: suplicó al baron y á su hija que aceptasen los regalillos que traia, y los recibieron por pura complacencia: luego acompañaron al virtuoso labrador, que montando en su mula y despidiéndose de ellos, tomó el camino de su país. En tanto que camina, vamos á ver cómo queda humillado y confundido el presuntuoso novio.

Volvieron el baron y su hija á su habitacion, y estaban hablando con mucho sentimiento de la vergonzosacautela que acababan de descubrir, cuando entró Florival, rebosando satisfacciones y esperanzas, cargado de regalos para su prometida esposa. Sentaos, le dijo gravemente el baron. — Estoy muy bien así: nadie puede cansarse en servir á la bella Rosalía. — ¿Conque os habéis tomado el trabajo de comprar?... — Frioleras; aunque espero que en adelante nada faltará á mi esposa para sostener el brillo de su clase. — ¿Pero á qué clase esperaréis elevarla? — ¿Qué clase? ¿pues no os he dicho que pienso comprar una plaza de consejero? — ¿Para ennobleceros? — ¡Cómo! yo creo que os chanceáis. — No por cierto; no tengo humor de chancearme. — Pues, señor, ¿no hemos hablado cien veces de estos asuntos? ¿nos hemos de ocupar hoy en tan pesadas repeticiones? — Vuestro tono galante y ligero es sin duda muy amable; pero hoy me hallo con poca disposicion para divertirme. — En efecto, señor, ese aire de seriedad... — Os anuncia la dilacion de vuestro casamiento. — La dilacion... — Sí, porque he formado un proyecto que sin duda aprobaréis; vuestro padre permanece, segun me habéis dicho, en su casa; y pues no puede venir á asistir á la boda, iremos á celebrarla en su compañía y bajo sus auspicios. — ¡Cómo!... — Mañana nos pondremos en camino. — Señor... — Yo celebraré mucho el verle; y dos padres siempre se entienden mucho mejor. — Pero... — Nos ayudaremos mutuamente para tolerar los disgustos de la vejez. — Sí... — Está enfermo, y necesitará sin duda de auxilios. — ¿Permitís? — ¡Qué placer tendréis eu abrazarle! porque creo que le amáis con mucha ternura: ¿no es así? — Mi obligacion... — Sí, sí; sois un excelente hijo: mañana sin falta

partiremos. — Si no sois... — Pues qué, ¿ os opondríais á tan racional idea? parece que estáis turbado. — Es verdad. — ¿ Puede desagradaros este viaje? — Pero, señor, ¿ siempre ha de haber obstáculos que retarden mi felicidad? Casémonos mañana, y al día siguiente iremos si gustáis... — No, no; quiero ver á vuestro padre, y conocerle; porque tambien, si no fuera hombre sociable, con quien pudiese componerme... — ¡ Oh! no dudéis de que merecerá vuestra estimacion. — Así lo creo; será un hombre muy honrado. — Es la misma probidad. — ¿ Pues por qué no le imitáis? — ¡ Cómo! señor... — Sí, ¿ por qué no le imitáis? ¿ por qué tratáis de engañar á una familia que os ha recibido en su seno? — No os entiendo. — Voy á explicarme: vos nos habéis engañado: el antiguo militar que ha hecho tantas campañas, este hombre impedido de la gota, en una palabra, vuestro padre, acaba de salir de aquí. — ¡ Cielos! — Ha mudado nombre y clase, y ahora es un humilde labrador de Mamonville. — ¡ Soy perdido! — Nosotros le debemos la satisfaccion de conoceros, y la dicha de evitar la alianza del hombre mas pérfido, y del hijo mas ingrato. (*Florival se arroja á los piés del baron*). — ¡ Ah señor! ya conozco que lo sabéis todo, y que me aborreceréis entrambos. — No por cierto, os despreciamos: este es el único sentimiento que debéis esperar eternamente de nuestra parte. — El amor... — Muda de nombre y de carácter cuando destruye la naturaleza y la probidad. — Temia que no me hubieseis dado á Rosalía si... — Muy mal me habéis conocido; pero sobre todo, me engañabais para satisfaceros. — Dignaos escucharme: todavía hay tiempo para reparar mi falta: mi padre es muy rico, y yo puedo... — Nada, señor mio; y nada tenéis que esperar: nunca seréis esposo la mi hija, porque no quiero verla desgraciada: sois amigo falso, y mal hijo; y así nunca seriais buen marido, ni buen padre. — Pero tanto rigor.... — Ven, hija mia; huyamos de este hombre peligroso: á Dios, señor, espero que esta sea la última vez que os presentéis en mi casa.

El baron se retiró con su hija, y Florival permaneció por algunos instantes aterrado del golpe que acababa de recibir: en fin se levantó enfurecido, y al salir encontró á Labrin asustado, que le dijo: Señor, se ha escapado... — Demasiado lo sé.

Los dos volvieron al alojamiento que habia servido de cárcel á tan buen padre. Florival, desesperado, formaba mil proyectos que se destruian sucesivamente por sí mismos. En fin, al cabo de algunos dias, considerando lo mal que habia obrado, despidió á

Labrin, á quien acusó de la mayor parte de sus crímenes. Solo, y entregado á sí mismo, no sabia qué hacer. ¿ Irá á echarse á los piés del virtuoso labrador? Si; bañará con lágrimas sus plantas, pedirá un generoso perdon, y le obtendrá, porque Juanon le amaba ciegamente. Juanon es un padre que le colmaba de beneficios, y que sin duda está dispuesto á abrirle sus paternas brazos.

Apoyado en esta esperanza, tomó un caballo, y partió para Mamonville. ¡ Qué agitado está durante su viaje! ¡ y cómo late su corazon á medida que se acerca á la granja, á aquella granja que no ha visto en tantos años! En fin, la descubre, y se detiene á pensar lo que debe hacer y decir. Pierde el color, titubea, las fuerzas le abandonan, y está para volverse. Al cabo se resuelve á entrar. Ve que muchos mozos de labranza trabajaban, y les dice que quiere hablar á Juanon; uno de ellos, sin conocerle, le conduce á la presencia del respetable anciano, que quedó atónito al reconocer á su hijo. Arrojarle á sus piés, deshacerse en lágrimas, y protestar su arrepentimiento, fué para Florival negocio de un momento; pero Juanon le dejó á sus piés sin mandarle levantar, le miró con frialdad, y le escuchó impasible cuanto sugirió á sus labios la efusion momentánea de su alma. Cuando acabó de disculparse, cargando la culpa á Labrin, ó por mejor decir, de confesarse culpable de la mas negra ingratitud, levantó los ojos hácia los de su padre, y quedó confuso de su severidad y silencio: ¿ no me respondéis, padre mio?

La respuesta de Juanon fué tomarle de la mano, salir con él hasta afuera de la puerta principal, detenerse delante de ella, y mostrarle con el dedo la inscripcion que habéis leído, y que ha excitado vuestra curiosidad. ¿ Qué quiere decir esto? preguntó Florival. — Esto, señor mio, quiere decir, que yo habia comprado toda esta posesion en vuestro nombre; que llevaba en mi bolsillo la escritura para regalárosla el día de vuestra boda; que la he vuelto á traer sin hablar de ello á vos ni al señor baron, y que nunca seréis dueño de mis bienes. — ¡ Cielos!... — Bien conocéis que sois digno de un castigo severo, por haber ultrajado á un padre que solo iba á hacer vuestra felicidad. Á Dios para siempre: no me volváis á ver: os abandono, os desheredo, y os prometo todo el odio que merecen los hijos desconocidos é ingratos, y los hombres que degeneran de la virtud de sus padres.

El anciano se entró en su casa, Florival quiso seguirle; pero su padre mandó á los criados que le arrojasen como si fuera un

extraño. Cinco ó seis mozos echaron fuera á empujones á Florival, y le prometieron el mismo tratamiento siempre que se atreviese á presentarse.

Florival se vió confundido y desesperado de haber malogrado, por su vergonzosa intriga, un casamiento que podia haber contraído por medio de la rectitud y honradez, con una herencia tan cuantiosa como la de su padre.

Este hijo criminal volvió á Paris, donde se mantuvo algun tiempo. Al fin, su pesar le causó una enfermedad, de la cual murió, llamando á grandes voces á su padre, cuya maldicion le perseguia, dejando un ejemplo terrible á los hijos ingratos que se atreven á negar, despreciar y despedazar los corazones de sus padres : Juanon, en sus últimos años, casó con una hija de un amigo suyo indigente : la dejó toda su fortuna, la cual, entre sus manos se hizo patrimonio de los pobres. La hacienda de Mamonville fué vendida, y quedó la inscripcion que recuerda el suceso de Juanon y su hijo. El viajero curioso pregunta su origen: se lo refieren, y esta narracion es una leccion útil que enseña á respetar á un buen padre, y á observar todas las leyes de la naturaleza.

Calló el labrador, y los muchachos, penetrados del interes que les habia inspirado la historia de Juanon, prometieron no olvidarla jamas. Sobre todos Armando quedó mas conmovido; porque el suceso se avenia perfectamente con los consejos que su padre le habia dado en orden al estado que queria tomar. Conoció tambien la fuerza de las razones que Palemon le habia expuesto, y se propuso no contradecirlas nunca, viendo que de ellas dependia su dicha, como la de su anciano padre, y cuyas consecuencias podian ser muy funestas. Advirtió Palemon la emocion que experimentaba su hijo mayor, y se alegró del feliz efecto de los ejemplos que siempre sabia aplicar á sus lecciones. Vivía persuadido de que este era el medio mas seguro para hablar mejor al corazon y al entendimiento de sus jóvenes discípulos : y hasta ahora se ha visto que nose ha separado un punto de su plan de instruccion práctica.

TARDE XXVI

EL COQUETISMO

Sé prudente, se discreta ;
No altanera y caprichosa ;
Pues la mujer veleidosa
Que á razon no se sujeta,
La altiva y necia coqueta
Que pretende dominar,
Viene por fin á arrastrar
Su triste y mísera vida
Hasta de sí aborecida,
Sin poderse tolerar.

Hallábase Palemon enteramente restablecido y en la granja renacia la alegría. Crecian los muchachos, y las fuertes lecciones anteriores habian mudado en gran manera su corazon, é ilustrado su juicio. Sin embargo, de cuando en cuando se notaba la diversidad de sus caractéres, como se verá despues ; pero eran en la actualidad mas dóciles, mas sumisos y mas sensibles : Palemon lo conocia y estaba muy satisfecho. Hé aquí, decia para sí, los felices efectos de la educacion que doy á mis hijos. Padres de familia, aprovechaos de mi ejemplo. Los que estén persuadidos de que con multiplicadas reprensiones y repetidos castigos pueden educar bien á los suyos, van equivocados ; les hacen fastidiosa la moral, y sentir demasiado el yugo del poder paternal ; los asustan, y son á sus ojos unos rígidos preceptores : los míos me mi-